

XIV

Tierra y Cielo. — Juan Reynaud. — Andrés Pezzani. — Lamartine. — Galileo. — Képler. — Cassini. — La poesía a los veinte años. — El sorteo. — Salvado del peligro. La *Revue française*: mi entrada en el periodismo literario en 1863. — Reflexiones sobre el baile. — Las mentiras de la civilización.

Un profundo filósofo me atraía en esta investigación. Este era Juan Reynaud, el autor de *Tierra y Cielo*. Habitaba en el boulevard Maillot, en un hotel situado a orillas del bosque de Boloña, y vivía allí de un modo modesto, recordando a Epicteto y Sócrates, con su frente calva y su mirada perdida en el infinito. En 1862 fui a presentarle mi libro, que recibió con simpatía, que leyó sin tardar y que adoptó como suyo. Él iba más allá de mis conclusiones, admitiendo, no solamente la pluralidad de mundos, sino la pluralidad de existencias y la reincarnación, así como la preexistencia. Yo estaba absolutamente cierto de la primera parte de esta doble doctrina, pero no estaba cierto de la segunda y, deseando creer en ella, pedía certezas, análogas a las en que yo había apoyado la doctrina de la pluralidad de mundos. Andrés Pezzani, que publicó en 1865 en la librería

académica Didier la *Pluralidad de las existencias del alma* « conforme a la doctrina de la pluralidad de mundos », iba igualmente más lejos que yo en sus afirmaciones. Me dispensaba el honor de considerarme como un jefe de escuela. Pero, para ese complemento, no tenemos todavía las certezas científicas reclamadas por la conciencia moderna.

Juan Reynaud era para mí un maestro, un maestro del pensamiento, tanto como Victor Hugo. Parecía que todavía habría de vivir largos años, pero desgraciadamente murió de una cruel enfermedad en el año siguiente, 1863, a la edad de 57 años. Había sido, con Eduardo Charton, secretario de Hipólito Carnot, ministro de Instrucción pública en 1848, y representaba a aquella pléyade de hombres honrados y desinteresados que había sido la gloria del gobierno dirigido por Lamartine, Arago y sus émulos.

Lamartine avanzaba en edad y, como no se ha olvidado, abandonó la vida en 1869, a los 79 años. Era un hermoso anciano, rodeado de admiración y de respeto, con el sentimiento de que cayera, por su culpa, en la mayor miseria, hostigado constantemente por sus acreedores. Su espiritualismo era más cristiano que el de Juan Reynaud. Los sentimientos que expresa en sus poesías son sobre todo interpretaciones humanas: él no ve más que a nosotros en la Naturaleza más bien que a la Naturaleza misma. Parece que, en su espíritu, las estrellas habían sido creadas para nuestros ojos. Es una especie de antropomorfismo perpetuo.

En Victor Hugo, por el contrario, el Universo aparece en él mismo, y el hombre se hunde en él como las aves en el espacio.

BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE ESPAÑA

En aquella época, la Francia tenía dos grandes poetas : Victor Hugo y Lamartine. Era difícil pensar en el uno sin pensar en el otro. Pero ¡ qué diferencia entre ambos destinos! La suerte no es una palabra vana, aun para los últimos años y para el último suspiro. Si Lamartine hubiera vivido dos años más, su nombre hubiera flameado de nuevo a la cabeza de las glorias de la República francesa, y sus funerales hubieran sido triunfales. Si Victor Hugo hubiera muerto bajo el Imperio, no se hubiera recibido su cadáver debajo del Arco de Triunfo de la Estrella...

Me había llamado siempre la atención un verso de Lamartine, que sonaba mal al oído de un astrónomo. Todo el mundo lo conoce y lo ha oído cantar en la meditación que lleva por título *Le Soir* :

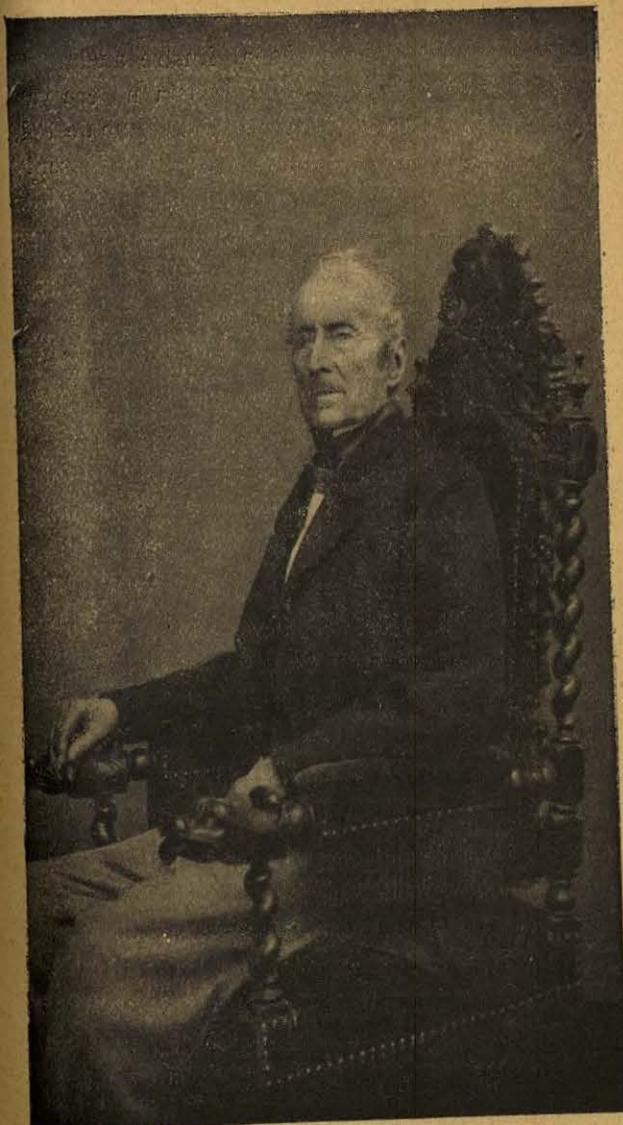
Le soir ramène le silence.
Assis sur ces rochers déserts,
Je suis dans la vague des airs
Le char de la nuit qui s'avance.
Vénus se lève à l'horizon.

.

Como Venus no se levanta jamás por la noche en el horizonte, sino que por el contrario, se pone, y descende para seguir al Sol, en su calidad de estrella de la tarde, y no puede aparecer más que al este, cuando es estrella de la mañana, me aventuré un día a señalar este lapsus al armonioso poeta, pidiéndole si, en las ediciones futuras, no le gustaría más emplear una expresión conforme a la realidad, tal como :

Vénus rayonne à l'horizon

o alguna otra mejor a su elección. — ¡ Oh!, dijo, eso no tiene ninguna importancia.



LAMARTINE EN 1867.

BIBLIOTECA ALFONSO X
DEPARTAMENTO DE HISTORIA Y GEOGRAFÍA

Algunas veces encontraba al ilustre anciano en casa de mi hermana. En 1867, el poeta no era ya el cantor de Graziella y de Elvira, ni el tribuno de 1848. (Había nacido en 1790.) ¡No se debiera envejecer! Y por tanto, la juventud se consideraba feliz al encontrarse a su lado. Victor Hugo permaneció fuerte y robusto hasta el último día, 83 años, 1885.

Muy amante de la forma literaria, admirador del arte puro, tanto en música como en pintura, oyente perpetuo del poema sagrado de la Naturaleza y contemplador de lo bello, me había entregado, como la mayor parte de los escritores jóvenes, a escribir en verso tanto como en prosa, y a cantar en estilo poético los sentimientos que ocupaban mi corazón. He escrito notablemente un poema titulado *La Muerte de Galileo*, cuya acción se desarrolla en Arcetri, junto a Florencia, en los últimos días del ilustre astrónomo, y donde el poeta Milton, el autor del *Paraíso perdido*, representa su papel, aunque exclusivamente histórico. Este pequeño poema fué leído, el 21 de octubre de 1860, en la sesión trimestral de la « Academia de la juventud », de que he hablado anteriormente. Un estudiante científico puede ser poeta a sus horas, y estas horas se cuentan entré las mejores de la vida. Me entretenía en componer odas, estancias, epístolas, epitalamios, sonetos y acrósticos; yo cantaba las estrellas, el suave resplandor de la luna, el zumbido del viento en los bosques, el arpa eolia de las selvas, las puestas del Sol entre ráfagas de fuego, las armonías del crepúsculo y el fin de los hermosos días; cantaba también la belleza seductora de las mujeres, sus cabellos de oro o de ébano, los ojos soñadores, las frescas mejillas que una idea pasajera hace enro-

jecer, los blancos hombros que se atreven a mostrarse desnudos en la iluminación de los saraos y las líneas ondeantes de la pura estética esculpida en los mármoles griegos. De estas diversas composiciones, reunidas en aquellos años de juventud en un pequeño volumen manuscrito, pudiera citar algunos títulos, tales como : *L'Étoile du Soir*, publicada en mi obra las *Maravillas celestes*, *La Nuit*, *La Jeune Fille*, *l'Orphelin*, *Minuit à Sainte-Hélène*, *La Cloche*, *Pensée d'Amour*, *Si tu savais*, *A Ossian*, *Un rêve d'adieu*, *Évocation*, *Les Yeux de ma belle*, *Sur la Mer*, *Tristia*, *Ma coupe d'Amour*, y *Le LA de ma Lyre*. En general, las poesías interesan sobre todo a sus autores y bastante poco a los lectores, porque expresan sentimientos personales y, hasta con frecuencia, simplemente sensaciones. Me ha parecido que, en particular las mías, no deben interesar a nadie. Se me invita a que las publique aquí. Las más cortas son las mejores. Como curiosidad, transcribiré una, sumamente corta, un soneto que, por otra parte, no es completamente extraño a la astronomía :

LES YEUX DE MA BELLE

SONNET

Escrito sobre una página de Lord Byron.

La Nature alluma dans tes yeux, ó ma blonde,
Le feu des soleils d'or et l'éclat du saphir ;
Mais elle eut peur, craignant, trop belle pour ce monde,
Que les anges du ciel ne vinssent te ravir.

Pour te garder ici, blanche fille de l'onde,
Un vif éclair, que nul ne saurait soutenir,
Fut par elle caché sous l'orbite profonde
De tes yeux, pour tuer l'impertinent désir.

CAPITULO ALFONSIANO

La chevelure constellée
De Bérénice, au fond des vastes cieux,
Enrichit de la nuit la parure étoilée.

C'est bien. Mais si tes yeux
Allaient trôner là-haut, ma belle, les étoiles,
Confuses, cacheraient leurs têtes sous leurs voiles.

Estos son ligeros pecadillos de la juventud. Se sueña, se ama y se canta. Cada uno se cree privilegiado. Este es un viaje por las nubes.

Me gustaba la poesía, pero también me gustaban las matemáticas, lo cual puede sorprender. Pero creo con Pitágoras y Képler en la poesía de los números, y me permitiré añadir aquí que yo compartía en absoluto la opinión de Edgar Quinet sobre la poesía de las matemáticas, tan excelentemente expresada en los términos siguientes: « Es un gran error creer que el entusiasmo es irreconciliable con las verdades matemáticas, lo contrario es más verdad. Estoy persuadido que tal o cual problema de cálculo o de análisis de Képler, de Galileo, de Newton o de Euler, o la solución de tal o cual ecuación, suponen tanta intuición y de inspiración como la más bella oda de Píndaro. Esas puras e incorruptibles fórmulas, que existían antes que el mundo existiera, que existirán después de él, que dominan todos los tiempos, todos los espacios y que son, por decirlo así, una parte integrante de Dios, esas fórmulas sagradas que sobrevivirán a la ruina de todos los Universos, ponen al matemático que merece este nombre en comunicación profunda con el pensamiento divino. En esas verdades inmutables, saborea lo más puro de la creación; ruega en su lengua, y dice al mundo como

este anciano: « ¡Callémonos; guardemos silencio, y oiremos el murmullo de los dioses! »

Y en cuanto a la forma literaria en sí misma, ¿es que Galileo, es que Képler, es que Cassini no han escrito magníficos trozos en verso? Y después de todo ¿no es frecuentemente la poesía tan bella y tan profunda en ciertas páginas en prosa como en versificación? Lamartine y Victor Hugo ¿no son poetas aun en prosa? Y Boileau, el legislador del arte poética ¿puede ser verdaderamente calificado de poeta? Urania, musa de la astronomía y Caliope, musa de la poesía, son hermanas, y, a los veinte años bien se puede abrazar a ambas.

¡Veinte años! ¡Qué hermosa edad! Pero es también la en que somos llamados por la patria al servicio militar.

La fama de que mi primera obra se había visto rodeada había puesto mi nombre muy en evidencia, y me acuerdo que, cuando saqué mi número en el sorteo, en la sala de San Juan, en el Ayuntamiento de París, el alcalde del primer distrito me preguntó si yo era el hijo del autor de la *Pluralidad de Mundos*. Cuando le dije que era yo, me miró primero con cierto aire de incredulidad, pero después, como había sacado un mal número, me habló con extremada amabilidad y me dijo que todo no se podía tener a la vez. El hecho es que, aquel mal número, me condenaba o a ser soldado durante siete años, o a encontrar mil ochocientos francos para comprarme un substituto. Estos mil ochocientos francos me fueron graciosamente ofrecidos por el banquero M. Paton, que habitaba la casa de fotografía donde mi padre estaba empleado y que se interesaba en la suerte de

BIBLIOTECA ALFONSO XIII

mis padres; por M. Bourdon, el inventor del manómetro, que había pensado un instante agregarme a sus trabajos; y por M. Raby, relojero del emperador, amigo íntimo de mis padres. A todos les debo un profundo reconocimiento. En aquella época, el servicio militar no era obligatorio; se tiraba la suerte, y los primeros números eran llamados hasta una cifra determinada. Pero se tenía el derecho de poderse substituir. No hay duda de que si yo hubiera ido á ser soldado durante siete años, toda mi carrera científica y literaria hubiera sido destruída en su germen.

Nada tengo que decir aquí sobre los ejércitos permanentes ni sobre el estado de paz armada que domina en las naciones modernas. Pero un astrónomo no puede por menos de reconocer que la humanidad terrestre es sin discusión una raza singularmente bárbara y completamente salvaje.

Libre de la incorporación regimental, pude continuar mis trabajos y mis estudios en completa tranquilidad.

Al mismo tiempo que redactaba la segunda edición de la *Pluralidad de Mundos habitados* y preparaba la primera obra histórica que siguió después, *Los Mundos imaginarios y los Mundos reales*, me ejercía en escribir artículos en diferentes revistas. Una bella publicación, la *Revue française*, acababa de fundarse, por Adolfo Amat, el cual me invitó a colaborar en ella para tratar todos los puntos que me conviniesen. Mi primer artículo fué consagrado a un asunto, entonces de gran actualidad, que tenía por título: *Los Espíritus y el Espiritismo*. Este trabajo fué publicado por dicha revista el 1º de febrero de 1863. Esta fecha es pues la de mi entrada en el periodismo literario.

Cuatro meses más tarde debía encargarme de la redacción científica del *Cosmos*.

Con esta fecha encuentro una carta escrita a uno de mis camaradas, Eduardo Madelaine, alumno en la Escuela central y mi colega en la « Academia de la juventud », de la que continuaba yo siendo presidente, carta que muestra un poco el estado turbado de mi alma. He aquí un extracto :

Como continuación a nuestra conversación de 25 de diciembre último, que data ya de más de un mes, le diré que yo continúo la locura de San Agustín, que veía a la orilla del mar un niño que esperaba vaciar toda el agua del Océano en un agujero que acababa de abrir, diciéndose que él estaba en el mismo caso, buscando hacer entrar el infinito en su pensamiento. Si; yo estoy en el mismo caso : la soledad que rodea mi alma me espanta, no encuentro nada de lo que busco, el espiritismo no me satisface y estoy tentado de decir con el Dante : « El bosque que me rodea es obscuro, duro y salvaje. »

Dedicados ambos a la cultura de las ciencias positivas, tenemos el mismo método de razonamiento. Ambos buscamos. Colóquese en el punto de vista materialista, y yo en el punto de vista espiritualista, y discutamos.

Ensayé pues de probarme, en su próxima carta, por $a + b$, o si lo prefiere, por $PF = MV^2$, que nuestra alma no es más que una fuerza viva que se desvanece desde que los factores que la componen se aniquilan el uno al otro.

Yo buscaba, trabajaba, componía y escribía. Se me escuchaba, se me leía y se me discutía. Me parecía que mis ideas tenían más partidarios que críticos.

Acabo hablar por segunda vez de la Sociedad de Jóvenes de San Roque. Dí en ella mi dimisión de presidente en 1864; permanecer en aquel puesto y

BIBLIOTECA DE LA REAL ACADEMIA DE CIENCIAS Y LETRAS DE MADRID

en aquella sociedad, hubiera sido faltar a la franqueza. Y después, trabajos más importantes tenían necesidad de mi tiempo.

El éxito satisface a las mujeres, y la juventud también. No tardé en recibir invitaciones de varios salones de París, especialmente de la nobleza, y al principio las acepté. Me presentaba bastante bien en la mesa y las conversaciones de la reunión no me eran desagradables; pero me faltaba una cualidad importante: yo no sabía bailar. Habiéndoseme comprometido varios meses antes a formar parte del acompañamiento de casamiento elegante, y obligado a no faltar a los deberes de la juventud bien educada, me decidí a tomar algunas lecciones de baile. No lejos del Élysée-Montmartre (sitio que ciertamente no era muy distinguido) había un profesor de baile tan conocido de los estudiantes como la Closerie des Lilas, que después resultó ser el baile de Bullier: era un tal Robert que dirigía el baile que llevaba su nombre. Tomé un abono, con tres lecciones por semana y la facultad de danzar en aquellos bailes populares, muy poco aristocráticos, y concluí por llenar más bien o más mal mi cometido, aunque por otra parte sin entusiasmo. Las jóvenes que danzaban allí no tenían ninguna elegancia nativa en su estética, ni en su traje, exento de la molestia del corsé, y, en cuanto a su conversación y a la de sus parejas era más bien repugnante. Pero en fin, llegué a ocupar bien mi puesto en la figurass de contradanzas, y a saltar o resbalar según los ritmos del vals, de la polka, del scottish y de la mazurca. Así y todo me extrañaba aquel género de ejercicio, como me extrañaba que una raza llamada inteligente los hubiera

inventado. Yo no pensaba entonces ni en su origen ni en su fin, que son la excitación sensual y la conjunción de los sexos.

La impresión que produjeron en mí los saraos mundanos fué completamente opuesta, bajo el punto de vista estético, a la de los bailes vulgares, pero muy poco superior bajo el punto de vista de la estima inspirada. Las jóvenes y las señoras eran bellas, distinguidas, graciosas y envueltas en una aureola de seducción. Pero me parecían excesivamente audaces, y me sentía mucho más molesto mirando sus hombros desnudos, sus espaldas, y sus brazos, que ellas en mostrarlos. Aunque no indicando más que las formas, los vestidos de las jóvenes las marcaban lo suficiente para revelarlas, y los de las mujeres casadas no dejaban casi nada oculto, sin hablar de los bustos descotados por la espalda hasta la cintura, los zapatos de baile y las medias caladas. Ciertos vestidos dibujaban perfectamente el cuerpo sin ninguna reserva. Sólo más tarde analicé el fin real de estas desnudeces femeninas, organizado por las convenciones de una civilización que se pretende honrada; pero aquellos primeros espectáculos que me deslumbraban, confieso que me dejaron aturdido. Que los padres ofrezcan sus hijas casaderas bajo todos los atractivos más seductores, se comprende; pero que los maridos dejen desnudarse así, en público, a sus caras y adorables mitades, ofreciéndolas a la codicia de los hombres, entre cuyos brazos se lanzan, esto me parece incomprensible.

Una noche que bailé durante mucho tiempo con una joven de un rubio un poco rojo, dotada de una carnación tan blanca como el mármol de Carrara, y

CARILLA ALFONSIANA

más perfumada que la más caprichosa de las flores, me preguntaba, durante una parte de la noche, quién habría podido ser el inventor del vals. Seguramente no fué ningún Padre de la Iglesia.

Tuve una impresión análoga de las mentiras convencionales de la civilización (tan justamente calificadas después por mi amigo Max Nordau) cuando se me ofrecieron localidades en los diversos teatros, tales como la Opera Cómica, la Opera, el Francés, etc. Todas las obras representadas no tienen, por decirlo así, sino un argumento, y siempre el mismo : se exalta el amor, se celebran las pasiones, se procede al rapto de mujeres, y, en la vida normal, todo eso nos está prohibido. Si las jóvenes pusieran en práctica las romanzas que se les hace cantar en los salones, se juzgaría como la última inconveniencia. ¿Cómo puede pues un joven juzgar las convenciones mundanas?

La frecuentación del mundo no tardó en convenirme que es absolutamente imposible cumplir al mismo tiempo con el mundo y el trabajo. Era cuestión de escoger; escogí pues el trabajo, y dejé el mundo para los ociosos y los intrigantes. El estudio tranquilo y constante de los grandes problemas me pareció infinitamente preferible a la vida mundana y ambiciosa.

Al mismo tiempo sentía que no conviene frecuentar demasiado las castas sociales diferentes a la que cada uno pertenece. Ir a almorzar o comer fuera de su casa, es perder el tiempo. Ligarse a personas de una fortuna superior a la que se goza, es contraer costumbres y obligaciones que no se pueden sostener. Las personas que no hacen nada no se dan

cuenta que son nocivas a los trabajadores siendo amables para ellos y robándoles su tiempo que tiene su valor, y que, lejos de agradecerles sus galanterías debemos huir de ellas como de la peste. El que consagra su vida al trabajo, al estudio y a la ciencia, no puede mezclarse en la vida de los ricos y de los inútiles. Nada hay en el mundo más absurdo que el tiempo perdido. Como se comprende, hablo en general : no hay regla sin excepción, y hay personas ricas con las que no se pierde el tiempo.